

UN MALEDETTO IMBROGLIO / UN MALDITO EMBROLLO

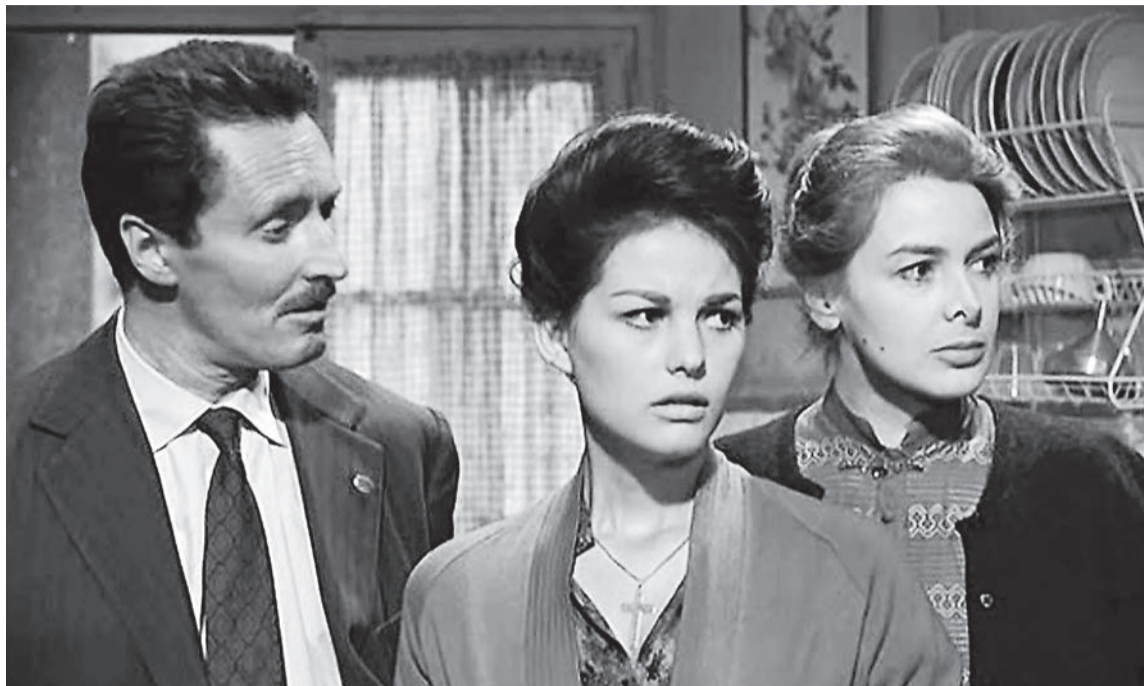
# Una historia de sangre y pasión

ANTONIO JOSÉ NAVARRO

*Un maldito embrollo* (1959) arranca con un plano de la fuente de Piazza Farnese, en Roma, al tiempo que desfilan los créditos acompañados por la melancólica canción "Sinno me moro", escrita por el director, Pietro Germi, en colaboración con el músico Carlo Rustichelli y cantada por Alida Chelli. Un lento travelling en retroceso desde la entrada del 'condominio' –probablemente, un antiguo palacio de grandes escalinatas y deterioradas ornamentaciones– ilustra, mediante un paneo vertical hacia arriba, el lugar donde se desarrollará la historia. Y, de repente, un ladrón huye precipitadamente escaleras abajo, provocando la agitación y el desconcierto del vecindario... De esta manera, Germi nos sumerge inmediatamente en el ambiente popular romano, advirtiéndonos de que vamos a presenciar una historia de sangre y pasión en el marco de una cotidianidad de sesgo neorrealista. El asesinato de Liliana (Eleonora Rossi Drago) y la posterior investigación a cargo del inspector

Ingravallo, interpretado por el propio Germi, nos revelará el lado oscuro de ese mundo 'popular'. Un paisaje humano poblado por personajes rayanos en lo grotesco, aderezado con un pesimismo subyacente que, más allá de desentrañar el entuerto, nos lleva a descubrir que los propios culpables son, a su vez, víctimas de una sociedad cínica y cruel.

Basada en una novela de Carlo Emilio Gadda en *El zafarrancho aquel de via Merulana* (1957), Pietro Germi narra una historia criminal de enrevesada resolución, repleta de recovecos, de oscuras sospechas y pistas falsas –tanto para los personajes como para el espectador–, según las convenciones del cine de intriga, o mejor dicho, del clásico *whodunit*. No en vano, Germi se declaraba un entusiasta del cine policíaco: "Las disfruto muchísimo, en cuanto hay alguna voy a verla, incluso las malas... Era un viejo sueño hacer una película de detectives. En Italia nunca ha sido posible hacerlas; quizás la importancia del film reside en el hecho de que es la primera película policial italiana; es de-



cir, algo nuevo, una forma de ver una realidad que nunca ha sido representada", concluía. El director genovés fue uno de los grandes autores que participó del neorrealismo y que experimentó y exploró sus vínculos con otros géneros. De ahí la importancia de *In nome della legge* (1949) o *El ferroviario* (1956), cintas neorrealistas que abordan temáticas como la mafia, la lucha sindical, la desintegración de una familia obrera tradicional por el choque cultural de nuevas formas de

entender la vida y el trabajo, alejándose de los principios más estrictos del fenómeno para flirtear abiertamente con el western o el melodrama.

Así pues, *Un maldito embrollo* transcurre por caminos alternos. En el primero, mientras que se acoge a los cánones del cine de género en lo que se refiere a la investigación –interrogatorios, vigilancias, diligencias, persecuciones, largas noches en la comisaría entre cafés y el humo de los cigarrillos–, con un estilo

visual próximo al del cine negro estadounidense; en el otro, el relato se acomoda en ese neorrealismo que filma las calles y espacios de Roma con relajada naturalidad, desde los tugurios nocturnos a los mercados callejeros sin olvidar la precaria vida en la que viven inmersos muchos personajes, o sus agitadas relaciones personales, incluidas las románticas y sexuales, que impregnan de un hálito vagamente malsano el tono de la película.

MAFIOSO / EL PODER DE LA MAFIA

# Un hombre de honor

QUIM CASAS

En sus orígenes, antes de convertirse en sinónimo de crimen organizado, la Mafia era en Sicilia una confederación dedicada a la protección y a la justicia vigilante, y un mafioso era un hombre de honor. En un momento de esta extraordinaria película de Alberto Lattuada que fluye como comedia, drama y relato mafioso a la vez, su protagonista, Antonio Badalamenti (Alberto Sordi), habla con gente de su localidad de nacimiento y expresa vivamente que en el norte de Italia no saben en realidad lo que es un mafioso. Para él, que ha vivido durante años en Milán, donde se ha casado con una mujer del norte y tiene dos hijos de pelo rubísimo, ser un mafioso no tiene nada que ver con la delincuencia y el asesinato. A través de este personaje inocente, ingenuo y servicial, Lattuada y su eminente trupe de guionistas –ni más ni menos que Rafael Azcona, Marco Ferreri y el tándem Age-Scarpelli, maestros unos del humor negro y otros de la *commedia all'italiana*– trazan un relato intestino del funcionamiento siciliano del crimen organizado que, siendo el tema, es abordado durante mucho metraje como si no lo fuera.

El film, auspiciado por Dino De



Laurentiis en el momento en que empezaba a internacionalizarse como productor, obtuvo la Concha de Oro en la edición de 1963 del Festival de San Sebastián. Logros los tiene, a raudales. En la secuencia de apertura, los títulos de crédito desfilan sobre imágenes del trabajo en una cadena de montaje de automóviles. Badalamenti (Sordi, un actor de comedia, haciendo de momento de actor de comedia, el italiano medio como Jack Lemmon representó al ame-

ricano medio) aparece por primera vez, con su bata blanca, filmado en un travelling con grúa mientras anda por las dependencias de la fábrica: un individuo pequeño rodeado de grandes máquinas (el film concluye de forma simétrica con la misma imagen alzada, pero ahora con Sordi alejándose de la cámara). Badalamenti es un aplicado supervisor. Siempre servicial, acepta el paquete que su jefe le da para entregárselo a Don Vincenzo, el hombre más importante

de la población siciliana de Calamo. Por supuesto, no sabe que es el jefe de la mafia local.

Porque Badalamenti se va de vacaciones con su familia a su pueblo natal. Durante un largo y muy divertido pasaje, *El poder de la mafia* ofrece el contraste entre la 'moderna' Milán que añora la esposa, Marta, y la 'arcaica' Sicilia a la que tanto desea regresar su marido. Antes, en una instantánea del ritmo de la vida moderna, hemos visto a Badalamenti

afeitándose y lustrándose los zapatos al mismo tiempo mientras sus hijas no paran de gritar. Al aproximarse el ferry a la costa siciliana, el protagonista aspira profundamente el aire meridional y asegura que ya siente el olor de las naranjas y de los limones. En contraste, lo primero que ve Marta al llegar al pueblo de calles tortuosas es a un grupo de personas vestidas de negro junto a un cadáver.

La pintura cómica es deliciosa: Badalamenti está muy emocionado de volver a ver a su familia, pero confunde a su madre con su tía Carmela; Marta le regala a su suegro unos guantes de piel, pero el hombre es manco; la esposa está acalorada y exhausta, y alucina con la fuente gigantesca de espaguetis a la tinta que sacan para comer. Pero el protagonista, al que Sordi brinda en estos pasajes un aire caricaturesco de exaltación siciliana y amor por la tierra perdida, comienza a preguntar por anteriores amigos. Uno está bajo tierra y otro en la cárcel por ser un hombre de honor. Sabemos, por el título del film y por pequeños detalles sugeridos de forma inteligente, que Badalamenti está abocado a ser también un hombre de honor. La sangre manda. La Mafia maneja unas creencias y códigos de los que nadie, tan siquiera un hombre ridículo interpretado por uno de los mejores comediantes del cine italiano, podrá sustraerse.